

CIRCO M.R.T. Coop. Calle Artistas n°59, 28020 MADRID. Editado por: Luis M. Mansilla, Luis Rojo y Emilio Tuñón.
Con la colaboración de Arabella Masson.

2009. 158
LA CASA DEL AIRE

CIRCO

LAS PRADERAS DE FREDENSBORG

MARÍA TERESA MUÑOZ

Ilustración de la primera página: Conjunto de viviendas en Fredensborg. Planta general.



Jørn Utzon, que había nacido en 1918, después de estudiar en su país de origen, Dinamarca, y otros países nórdicos, viajó a Marruecos y posteriormente a los Estados Unidos y a México. Hacia 1950 regresa a Copenhague y trata de comenzar su carrera profesional presentándose a una serie de concursos. Antes de ganar el concurso para la Ópera de Sydney en 1957, sólo había realizado una obra de importancia, el conjunto de viviendas Kingo, construidas cerca de la ciudad de Helsingør (1956), sesenta y tres viviendas con planta en forma de L y patios individuales, que se disponían adosadas unas a otras formando hileras irregulares y dispersas por el paisaje. Cinco años después, Utzon construirá otro conjunto residencial para la sociedad estatal Dansk Samvirke, formado por 47 casas-patio y 30 escalonadas, igualmente dispuestas unas al lado de otras y dispersas en un terreno en suave ladera y rodeado de bosques. Este nuevo conjunto de viviendas, destinadas a los daneses que regresaban a su país después de haber vivido largos periodos fuera como funcionarios de Asuntos Exteriores de su país, se construyó en Fredensborg, North Zealand, entre los años 1962 y 1963.

Tras negociar ciertos cambios en las ordenanzas debido al carácter protegido del terreno en que debían construirse viviendas aisladas, Utzon plantea el conjunto de Fredensborg como una unidad, para lo que propone formar hileras de viviendas adosadas, utilizar un cierto número de variantes del mismo esquema en planta y emplear en todas ellas los mismos materiales, fundamentalmente ladrillo y madera. Los edificios, con las formas cúbicas de sus muros, chimeneas y tejados de ladrillo y teja de color ocre, presentan innumerables variaciones y se relacionan unos con otros al mismo tiempo contrastan con el terreno verde en suave pendiente sobre el que se asientan. Por otra parte, los hastiales escalonados que encierran el conjunto edificado y la verticalidad de las chimeneas configuran un horizonte rítmicamente controlado que se dibuja contra el fondo del bosque circundante. Utzon desarrolló 47 variaciones diferentes de patios, tantos como viviendas, y estudió todas las posibilidades razonables de unión de unas casas a otras. Se trataba de conseguir una máxima variedad e individualidad de las unidades de vivienda,

individual y de disfrutar del contacto con su entorno natural. Al elegir Jørn Utzon el patio como elemento fundamental de la vivienda, que es distinto en cada una de ellas, lo que hace es materializar en este espacio libre el microcosmos que sustenta el modo de vida característico de una visión pastoral, tal como es entendida en la literatura, como yuxtaposición y equilibrio entre naturaleza y civilización. El patio encierra en unos límites estrictos una porción de naturaleza y la somete al tratamiento específico elegido por cada uno de los habitantes, sus plantas, sus flores y sus zonas de tierra o áreas pavimentadas. Y el patio también se erige como lugar en que, a través de un trabajo placentero, se consigue una individualización de cada vivienda todavía mayor, cada una con sus texturas y colores característicos.

La antítesis y a la vez complemento de los patios privados será la pradera de Fredensborg, que es patrimonio de todos sus habitantes y que también aparece como dominio de reposo y disfrute visual de la naturaleza, pero esta vez a una escala más amplia. En este contexto, la recurrencia por parte de Jørn Utzon a las figuras del agricultor y del pastor, o al menos a una de ellas, significa el reconocimiento de que estas labores ligadas a la tierra son fundamentales para el hombre y que la presencia de los animales, de sus movimientos y sus sonidos, son un fuente de animación para la vida plena de los habitantes de un lugar. Fredensborg es efectivamente una utopía pastoral que implica tanto la visión de la vida en un jardín continuo como la de una sociedad que ha alcanzado el máximo grado de bienestar y, a punto de conseguir una realización completa de ese ideal utópico, Utzon vio en cierta medida frustrados sus esfuerzos cuando alguien impidió que los rebaños invadieran y animaran con su presencia esas verdes praderas que significaban la más completa celebración de la vida en el jardín y el logro de un máximo grado de civilización.

María Teresa Muñoz.

Julio de 2009.

ofrece la oportunidad de un contacto con sus vecinos. Sin embargo, los rebaños de animales se dispersan libremente por las praderas y podrían moverse sin obstáculos hasta alcanzar los muros o desniveles que forman el límite de las casas. De la misma manera que el bosque supone una barrera para las personas, la arquitectura lo es para las ovejas o las vacas, y las viviendas de Fredensborg se disponen como una línea irregular que separa la vida salvaje del bosque de la naturaleza civilizada de la pradera, los animales salvajes de los animales domésticos. De hecho, la existencia de un recinto natural y habitado común a todos los residentes del conjunto implicaría establecer una relación social a través del transcurrir vital de los animales, algo que no sería posible si sólo existiera la individualidad de las viviendas. Ya que los hombres son esencialmente individuos, mientras que los animales son sólo especie, la existencia de un sector de naturaleza abrazado por la arquitectura y destinado a éstos supone por parte de Jørn Utzon reconocer un protagonismo social a los animales, que son los que contemplan en libertad a los humanos encerrados en sus células de habitación. Y también que, fuera del dominio de la ciudad, sólo en una eventual alianza entre los animales y los hombres podría encontrarse la base para construir un cierto sentido de comunidad.

Ya que los habitantes del conjunto residencial de Fredensborg respondían al perfil de personas inactivas, dedicadas fundamentalmente a disfrutar de una buena calidad de vida, a sus aficiones privadas y a relacionarse intensamente con el paisaje, la propuesta arquitectónica de Utzon trata de configurar un lugar para la contemplación y la quietud que son propias del campo, más que una estructura activa impulsora del movimiento que es propio de la ciudad. Sin embargo, la creación de un marco arquitectónico capaz de promover la vida sencilla dentro de un jardín exige una actitud y unos medios extremadamente sofisticados y un alto grado de artificialidad, ya que se trata de construir un cierto tipo de utopía que implica también una determinada organización social. En Fredensborg se asentará una sociedad sin clases sociales y apenas jerarquía, una población capaz de conseguir la satisfacción estética a través de un trabajo

pero garantizando el sentido de comunidad a través de uso de un único tema, lo que el propio Utzon denominaba una familia de formas. Pero además, su intención era que las vacas y ovejas pudieran pastar en las áreas verdes existentes entre las casas, de manera que llegaran a formar parte tanto de la imagen como de la vida del conjunto.

Todos los patios de las viviendas de Fredensborg, ligeramente elevados y con el suelo horizontal, se abren visualmente a tres áreas paisajísticas comunitarias y se comunican con ellas a través de pequeñas puertas de madera, mientras que los muros de cierre de las dos alas edificadas de las casas forman una especie de muralla defensiva hacia el exterior. Existe, por tanto, una participación de cada una de las unidades residenciales en las zonas paisajísticas que ellas mismas abrazan y, significativamente, ésta se produce a través de las áreas libres y privadas de los patios. Las dimensiones de las tres cuñas verdes que se introducen entre las hileras de viviendas, como los dedos en un guante, responden al carácter doméstico del conjunto y funcionan como una expansión casi exclusivamente visual del espacio limitado de los patios. Pero, al proponer Utzon la posibilidad de que animales domésticos, vacas y corderos, pudieran convivir con los habitantes de Fredensborg y pastar libremente por los prados adyacentes a las viviendas, lo que hace es introducir una importante matización del carácter suburbano de este conjunto de viviendas, que ahora tendría también una dimensión rural. La vida de los animales se superpone así a la vida de las personas, exigiendo y proporcionando maneras distintas de habitar un espacio común.

Aunque finalmente Utzon no consiguiera que los rebaños de animales fueran parte de la vida en Fredensborg, ya que se construyeron cercas en la zona sur para evitar el paso de los animales a las áreas más próximas a las viviendas, es perfectamente posible analizar las implicaciones de tal decisión sobre el funcionamiento del conjunto residencial. Por una parte, el frágil equilibrio entre individualidad y comunidad, entre privacidad de la vivienda y sentido de colectividad, se habría visto alterado por la presencia de una nueva comunidad sin individuos, la de los animales, que

pasaría a disponer sin límites del paisaje que rodea a las viviendas y que pertenecería por igual a todos sus habitantes o, alternativamente, a ninguno de ellos. Y por otra, el propio conjunto residencial habría pasado a formar parte de un territorio rural más amplio, que eventualmente exigiría otras construcciones destinadas al cobijo y control de los animales. La tradición de romanticismo nórdico, a la que Utzon se adscribe como lo habían hecho antes sus maestros Asplund y Aalto, pone el acento en las cualidades de la construcción local, pero de una manera muy especial busca conseguir la individualidad de cada vivienda frente a la uniformidad normativa. Sin embargo, como es propio de los arquitectos contemporáneos de Utzon también en otros países, la tensión entre idiosincrasia y anonimato, entre individualidad y comunidad, se convierte en una de las cuestiones más importantes en la arquitectura, sobre todo en la arquitectura residencial. El indiscutible protagonismo del individuo, o incluso de la célula familiar que habita una vivienda, choca sin embargo con las dificultades de definir la hipotética comunidad de casi un centenar de familias, o de alrededor de doscientas personas, que no tienen otro vínculo que su asentamiento físico en un mismo lugar. Las discusiones sobre el tamaño óptimo de estas comunidades de residentes e incluso sobre la necesidad de dotarlas de ciertos servicios colectivos para que pudieran funcionar como tales fueron habituales en los años cincuenta y sesenta y, desde un punto de vista urbanístico, eran datos imprescindibles sobre los que debían pronunciarse los planificadores o arquitectos a la hora de plantear cualquier barrio de viviendas. Ni en el conjunto de Helsingør ni en el de Fredensborg se hace ninguna referencia a esta decisión sobre el tamaño de la comunidad de residentes, aunque en este último caso los destinatarios de las viviendas respondían a un perfil de edad y experiencias vitales parecidas. Los límites marcados por Utzon, más que con cuestiones sociales, tendrían que ver aquí con las posibilidades de someter a una forma fundamental a un número razonable de variaciones y con las exigencias de lograr para una agrupación de viviendas individuales una cierta imagen de unidad.

El proyecto de Fredensborg conecta con el pensamiento arquitectónico dominante en su época porque en él existe una forma edificada, arquitectónica, que se contrapone a otra forma no edificada, un espacio libre, que posee una definición análoga a la de la propia arquitectura. Forma y contraforma sí existen en Fredensborg, mientras que sería más difícil encontrarlas en las viviendas anteriores de Utzon en Helsingør, donde la dispersión de las unidades por el paisaje no configura espacios abiertos bien definidos. Las hileras de casas-patio en Fredensborg, por el contrario, dibujan unos espacios libres intersticiales cuidadosamente dimensionados en longitud y anchura y precisamente estos recintos de terreno en pendiente son los que reclaman una intensidad de uso semejante a la prevista en los patios de las viviendas. En una imagen ideal, los rebaños de ovejas o vacas podrían ascender por las suaves praderas y permanecer en ellas conviviendo con los habitantes de las casas situadas alrededor. Animales y seres humanos vivirían sus vidas independientes, cada uno en el dominio que le es propio, los animales en la naturaleza, los hombres en la arquitectura, pero ambas comunidades interrelacionadas serían la base para constituir una unidad superior. No sólo el paisaje natural, sino el transcurrir de la vida de los animales, garantizarían la cohesión y la vitalidad de una comunidad humana asentada en la artificialidad de la geometría y los materiales empleados en sus células de habitación.

En términos arquitectónicos, el conjunto de Fredensborg opone la rotundidad geométrica y la nitidez de sus formas construidas a la informalidad y los cambios estacionales que experimenta el bosque circundante, incluidos los innumerables animales que habitan en él. Pero la pretensión de Utzon de contar con la presencia de animales domésticos en las áreas más próximas a las viviendas supone establecer una dialéctica vital que no es sólo la de una relación del hombre con el paisaje. Las personas viven dentro de los estrictos límites de su vivienda y tanto en las áreas más privadas como en las de estancia al aire libre cada una de ellas puede mostrar el carácter individual de su modo de vida, su trabajo o sus aficiones, mientras que sólo la proximidad de otras viviendas